



# ¿SÓLO ESPOSAS Y MADRES?

LA MUJER EN EL CINE  
NORTEAMERICANO ACTUAL  
O CÓMO DESHACERSE  
DEL FEMINISMO EN 10 DÍAS

Sara Cohen Shabot

Sara Cohen Shabot es doctora en filosofía por la Universidad de Haifa, Israel, con especialización en fenomenología y filosofías del cuerpo. Cursó diversos estudios de género en la Universidad de Utrecht, Holanda, bajo la dirección de la doctora Rosi Braidotti. Actualmente trabaja en varios artículos vinculados con el tema de género, analizados desde una perspectiva filosófica.

Tras haber sufrido —literalmente— viendo uno de los más recientes “éxitos” del género (*Cómo deshacerse de un hombre en 10 días*), decidí prometer a mis dioses privados del cine que nunca más volvería a suceder, que ya no más películas *mainstream* (en especial del tan seductor género “comedia romántica”), y que, desde ahora, vería puro cine alternativo. No logré cumplir mi promesa. Esta vez logré convencerme la idea de ver en pantalla una vez más a la gran actriz Julianne Moore, que tan bien me impresionó en películas como *Magnolia* o *Las horas*. Me digo que es imposible que Moore se preste a participar en una basura, que es demasiado buena para eso (increíble que a pesar de mi “madurez cinematográfica” pueda seguir a veces siendo tan inocente). Entro a la oscura sala esperanzada, pensando que tal vez sí, que tal vez en esta ocasión me encontraré con una “comedia romántica *mainstream*” un poco más inteligente, un poco menos manipuladora, o que, cuando menos, no me haga golpearme con la mano en la frente en señal de desesperación cada 20 minutos. Me equivoqué, por supuesto.

En *Las leyes de la atracción* se repite la misma historia banal, manipuladora, opresiva y a todas luces reforzadora de las estructuras patriarcales, de la que pudimos ser testigos en

algunos de los mayores éxitos cinematográficos en la categoría de comedia romántica en los últimos años. Filmes tales como la ya mencionada *Cómo deshacerse...*, *Abajo el amor* o la que hubo de convertirse en un icono de la “nueva femi-



nidad”, la tan comentada *El diario de Bridget Jones*, muestran, cada una a su modo (no muy diferente uno del otro, por cierto), el mismo mensaje reaccionario y antifeminista, que podría ser expresado más o menos de la siguiente forma: *la* mujer, *toda* mujer, debe desear (y desea, en el fondo) sólo una cosa: ser esposa y/o madre. Los demás aspectos de la vida —de la mujer occidental liberada del siglo XXI— son “accidentales”, no esenciales de su ser mujer, o de su ser humano.

Así, parece que el éxito profesional, la búsqueda de sentido, el desarrollo intelectual, personal, emocional, son aspectos que tienen una importancia parcial, limitada, contingente. Todo esto no es en realidad lo que la mujer *quiere*; en el mejor de los casos constituye algo que la mujer *también* quiere (pero nunca lo que *principalmente* desea); en el peor, una *carga*, algo que la mujer —dadas las presentes condiciones en la sociedad occidental capitalista— *tiene* que hacer, para ser aceptada, para ser parte de esta “nueva” sociedad. Una carga en el sentido de que será este desarrollo personal el principal culpable de hacer sufrir a la mujer, de llenarla de frustración y de tristeza, ya que es éste el que tiende a alejarla de sus “verdaderos deseos”, o de su “verdadera esencia”: conseguir un hombre, casarse con él y formar una familia.

Por sorprendente que parezca, lo que he intentado decir es que los mensajes (por lo menos en la cultura *mainstream*) acerca de lo que una mujer es, o de lo que ésta desea, de lo que constituye su “naturaleza”, no han cambiado mucho a partir de la liberación femenina. Lo más interesante es tal vez observar cómo el mismo mensaje, empero, ha ido “sofisticándose” y revistiéndose de “nuevas ropas” que lo hacen parecer distinto, renovador, edificante, como si de verdad fuera parte de un discurso de liberación. En la actualidad los espectadores no se tragarían la píldora si nos fuera dada mediante un discurso cinematográfico simplón, telenovelesco, que presentara a la mujer como ama de casa, feliz de servir a su hombre y cuidar a sus hijos, carente de cualquier pretensión de tener un lugar también en el “marco público”, en la esfera de la producción. Sería éste, pues, un discurso obsoleto, rancio, falto de poder para “llegarle” al “sofisticado” público de hoy.

Es así, entonces, como *Bridget Jones*, *Cómo deshacerse de...* o *Las leyes de la atracción* nos presentan a mujeres exitosas, inteligentes, atractivas (sí, hasta la gordita Bridget era sin duda atractiva) y con una brillante carrera (ocupando puestos de poder que incluso muchos hombres envidiarían). Todo esto, sin embargo, no es lo que estas mujeres *realmente* quieren o necesitan. Estas mujeres están solas (en gran parte debido a su desmedido éxito profesional) y es ésta la obvisima causa de su desgracia, de sus depresiones, de su carácter histérico o amargado o hasta de sus desórdenes alimenticios (como en el caso de Bridget o del personaje representado por Moore en *Las leyes...*, que se la pasa comiendo comida chatarra a escondidas para calmar sus angustias).

La soledad —presentada en estas películas como consecuencia irremediable de la soltería— tiene el poder de vaciar de sentido cualquier fuente de satisfacción en la vida de una mujer. Si estamos solas (ergo, solteras), lo demás carece de valor. Mientras estemos solas, seguiremos siendo amargadas e incompletas, depresivas e histéricas, aun si hemos alcanzado enormes logros, aun si “creemos” que tenemos lo que necesitamos. Este último me parece un punto interesante (y especialmente irritante, también): la ideología patriarcal detrás de estos filmes y de estos mensajes no se conforma con recordarnos que lo que en realidad queremos (las mujeres) es ser madres y esposas y que hemos de tener cuidado de no desarrollarnos “demasiado” académica, intelectual o laboralmente; porque de lo contrario corremos el enorme riesgo de quedarnos ¡¡¡SOLTERAS !!! Lo que, como ser vícti-

ma de una enfermedad contagiosa, nos mantendría aisladas de la sociedad, y señaladas por ésta. Pero el mensaje va más allá: estas mujeres —exitosas, inteligentes, profesionales— no “saben”, no pueden aceptar lo que su estado de “falsa conciencia” no les permite ver. Ellas están convencidas de que no necesitan un hombre, pero ¡oh, cómo se equivocan!

Así, en el principio del filme *Las leyes...* el personaje de Moore, hermosa e inteligente mujer de 35 años y, para colmo, una de las mejores (si no la mejor) abogadas de Nueva York (¿cómo lo logrará, si lo único que parece hacer en su tiempo libre es ver al canal del clima y comer frituras?), discute con su madre que busca a toda costa casarla. Moore sostiene que no necesita un hombre, que es una mujer ocupada, satisfecha y que no va a salir a “dates” sólo para “coincidir con las estadísticas”. Muy pronto el público entenderá que la posición de Moore no es más que una farsa y que, aunque ella no lo sabe o intente negarlo, no cabe la menor duda de que lo que la brillante y exitosa abogada *realmente* necesita es un amante, o más bien un marido (no vayamos a pensar que basta con tener aventuras sexuales o relaciones ocasionales).

No hay límites para el paternalismo hollywoodense, el cual, no conformándose con intentar por cualquier medio transmitirnos una ideología reaccionaria y patriarcal, intenta convencernos también de que si creemos desear otra cosa que lo que marca dicha ideología, estamos equivocadas, viviendo bajo una “falsa conciencia” (y nunca este término había tenido un sentido tan paradójico). De esta forma, tales filmes nos alejan de cualquier narrativa alternativa que pudiera presentar diferentes modos de ser (de ser humano, de ser mujer), que no necesariamente consideraran a la maternidad o a la vida en matrimonio como las únicas opciones para alcanzar la felicidad o la plenitud o la feminidad.

El *mainstream* hollywoodense nos engaña haciéndonos creer que está de nuestro lado, es decir, que predica en favor de una sociedad en la que la mujer sea libre, independiente, exitosa; una sociedad en la que la igualdad rija las relaciones entre los dos sexos. Por debajo del agua nos transmite un mensaje mucho más poderoso y distinto, opresor y paternalista, según el cual la libertad tiene sus límites, muy claros e inmutables: serás libre sólo hasta donde a mí (a la autoridad, a las instituciones, al Estado) me convenga.

Si no, ¿cómo explicar el gran éxito con el que se ha integrado a la cultura *mainstream* el discurso de “la mujer trabajadora”, y, por otra parte, la ansiedad, la paranoia y el dese-

quilibrio que ha causado a este mismo *mainstream* el otro lado del discurso liberador, esto es, el que sostiene que no existe un solo camino para ser mujer. Que el matrimonio o la maternidad constituyen, en el mejor de los casos, sólo una de las opciones para realizarse como mujer y, en el peor de ellos, medios institucionales para continuar oprimiendo a la mujer, haciéndole creer que sólo mediante su dedicación a un marido o a un hijo puede su vida cobrar sentido?

No exageraría si llamara al fenómeno antes señalado un síntoma de paranoia. Es como si la liberación femenina fuera un gran monstruo, una bola de nieve que se encuentra en constante peligro de salirse de control. No es extraño que las características que he mencionado aparezcan de manera constante y permanente en las comedias románticas de los últimos años. Es sólo en estos últimos años, al parecer, que la cultura *mainstream* se da completa cuenta de las “desgracias” a las que puede conducir la liberación femenina llevada a sus últimas consecuencias. Por esto hay que ponerle un freno, es por esto que hay que redomesticar a estas mujeres a las que el éxito profesional y la posibilidad de igualdad se les han subido a la cabeza, abriéndoles nuevos horizontes, llevándolas a construir discursos alternativos.

Estas mujeres, a las que la escandalosa idea de poder ser mujeres sin tener que ser madres o esposas empieza a seducirlas, hay que “devolverlas al rebaño”, hay que hacerles entender que o se conforman con ser exitosas pero sin renunciar a ser madres y esposas (esto no amenaza al poder patriarcal y capitalista, es más, podría decirse que en ciertos casos hasta lo refuerza y lo afianza), o estarán condenadas a vivir por siempre infelices, marcadas por la sociedad, irremediablemente incompletas.

La posibilidad de crear nuevas formas de vida en sociedad, de romper con la idea de la familia tradicional como el único modo permitido y legítimo de ser en sociedad, constituye una fuerte amenaza, un elemento desestabilizador para las instituciones representantes del poder dominante. La familia tradicional es el sitio “óptimo” para que la dominación patriarcal continúe ejerciéndose y para que el sistema siga desarrollándose cada vez con mayor fuerza. Así, podemos comprender lo amenazante que puede ser pensar siquiera en la posibilidad de la soltería como modo legítimo de vida en sociedad.

Pero sin irnos tan lejos: al parecer, cualquier forma alternativa de familia (homosexuales o lesbianas, de madres solas,

o padres solos o parejas no oficialmente casadas, que deciden tener o no tener hijos) pone en cuestión la "naturalidad" de la familia tradicional y su univocidad, su lugar como única estructura legítima de vida. No casualmente *Las leyes...* es también, además de lo ya mencionado, nada más y nada menos que un manifiesto antidivorcio. Es sabido que en Estados Unidos, y en el mundo occidental en general, es cada vez mayor el índice de divorcios. Este dato, contrario a lo que podríamos pensar, no lleva a Hollywood a reflexionar acerca de los problemas o necesidad de cambios y de soluciones alternativas a la institución matrimonial. Hollywood no hace más que mostrarnos, una y otra vez, que no importa qué tan conflictiva, irrelevante o necesitada de transformarse sea esta institución: es menester continuar alabándola y reforzándola a toda costa y a cualquier precio.

Algunos preguntarán qué caso tiene hacer una crítica como esta sobre el *mainstream* cinematográfico. ¿Por qué me sorprende?, ¿podría esperarse algo distinto?, ¿por qué pretender que el establishment se vuelque contra sí mismo? Tal vez haya algo de cierto en estas preguntas, y aun así tengo algunas posibles respuestas. En primer lugar, es importante, casi vital, que el *mainstream* se transforme, aunque sea gradualmente (y creo que críticas como estas pueden contribuir de alguna manera a que ello suceda). Es el *mainstream* el único que tiene el poder de cambiar radical, significativamente a la sociedad. Ideales como pluralismo, libertad, igualdad, podrán ser integrados en la cultura sólo en cuanto no sean parte nada más de los discursos marginales, académicos o elitistas.

Por otra parte, lo que pareciera ser más grave aún es que el fenómeno del que he hablado no es privativo del *mainstream*, sino que parte del cine alternativo —que se jacta de estar a la vanguardia respecto a temas y formas que el *mainstream* trata siempre de modo tradicional y reaccionario— se ha sumado no pocas veces a esta mirada patriarcal y paternalista. Así, a pesar de que no puede negarse que han surgido filmes tales como el tan alabado *Las mujeres verdaderas tienen curvas*, los cuales presentan perspectivas feministas, complejas y ambiguas respecto a los contenidos de la feminidad y sus plurales modos de manifestarse, es decepcionante que, por otro lado, un virtuoso del cine alternativo como Tarantino no consiga, a pesar de su virtuosismo, llevar a sus últimas consecuencias su crítica sobre "la mujer percibida como débil".

No cabe la menor duda de que Tarantino dio vida en su última obra maestra *Kill Bill* a uno de los personajes femeninos más fuertes, osados e inteligentemente hábiles en la historia del cine. Es por esta razón que me fue especialmente doloroso observar cómo Tarantino no logró, a pesar de su genialidad, superar sus primitivas y patriarcales angustias relacionadas con la pérdida del ideal de "la mujer como madre". Tarantino estuvo muy cerca de hacer de Uma Thurmann el icono de una nueva feminidad alternativa.

Sin embargo, al igual que los creadores de *Las leyes...* o de *Cómo deshacerse...*, Tarantino no pudo romper con el tabú de la mujer que necesita ser madre, y a la cual la maternidad es lo que *realmente la transforma*, lo único que tiene el poder de cambiarla, y lo que en última instancia proporciona sentido a su vida. Así, Beatriz Kiddo, mejor conocida como *Mamba Negra*, mejor conocida como Uma Thurmann, no considera ni reflexiona sobre el peligro ni la moralidad de sus actos sino hasta el momento en el que se entera de su embarazo y, luego, al encontrarse inesperadamente con la hija que había creído muerta. Es la maternidad la que transforma al personaje de Tarantino, la que le otorga su carácter moral y la que termina por hacerla renunciar a su oficio de asesina a sueldo (pues ahora ya tiene *para quién vivir*). Es *ser madre* lo único que la peligrosa, audaz y cruel *Mamba Negra en verdad* necesitaba, lo único que podía salvarla.

No quisiera ser malinterpretada. Esta crítica no es contra el matrimonio o la maternidad *per se*. En su obra más reconocida, *El género en disputa*, la filósofa feminista judía-lesbiana-norteamericana Judith Butler habla de la importancia de fortalecer a aquellos que se encuentran en los márgenes, a aquellos que no quieren, o no pueden, vivir según las normas que el *mainstream* ha trazado para que *todos* se comporten y piensen de acuerdo a ellas. Estos marginados han sido, durante toda la historia, víctimas de enorme sufrimiento por no haber coincidido con lo normal. Expreso aquí mi deseo de que opciones no-normativas sean cada vez más legítimas, para que la posibilidad de alcanzar la felicidad, la libertad y la plenitud se extienda cada vez más a mayor número de personas. El cine es hoy, sin duda, el arte de mayor alcance. Ello, unido a mi especial gusto por él, es tal vez lo que me lleva a demandar, precisamente de éste, que cambie, se transforme y dé verdadero lugar a la pluralidad de formas de vida y de pensamiento. •